

Es un rasgo de Angel González que nos acerca a algún poema de Salvatore Quasimodo. También el poeta italiano habla del curso de un tiempo cumplido que no ha reportado nada y que inevitablemente se ha de repetir.

Muerte. Así, en el camino del tiempo nos topamos con la idea de la muerte que para González, como su propio nacimiento, tiene algo de pluralidad, algo de necesaria pluralidad para obtener valor:

*Para vivir un año es necesario
morirse muchas veces mucho.*

dice en el poema «Cumpleaños», de su primer libro. Esa pluralidad de entonces también se va ahondando y toma cuerpo en otras interpretaciones de finitud temporal en poemas similares de los libros últimamente citados. Porque en ellos hay un camino cumplido, *sin esperanza, con convencimiento*, que conduce a esa nada posterior que el hombre puede desvelar si abriga nobles sentimientos, pureza, y no se escuda en lo aparential y falso.

*El fuego
igualará las ruedas y los vástagos,
confundirá los muelles y los émbolos,
devolverá las tuercas gastadas
a la inercia y la nada minerales,
a la materia original
de donde
surgirán otras formas limpias, puras,
libres acaso para siempre
del estigma fatal de la chatarra.*

Aleccionador poema este de su último libro. ¿No hay algo de humanidad en ese montón de chatarra retorcida que espera el fuego? ¿Y en esas otras formas limpias y puras del devenir?

LA PALABRA

Intencionadamente he dejado este tema para el final porque, además de poder ir rastrando su identidad a lo largo de sus libros, dedica uno entero a este rasgo ideológico.

¡Qué mágica atracción, qué poder penetrativo de la idea puede tener la palabra! Este elemento puro, simple y embrionario, sencillo y a la vez de inigualable altura como lo pueda ser el amor—de hecho *Palabra sobre palabra* es un libro amoroso—también, y en función

de su misma dificultad para desarrollarse en un medio en que ha perdido, y sigue perdiendo, su fundamental valor, también la palabra, digo, se hace inútil, difícil u olvidada. Y se llega a un momento de la obra en que ésta falta, en que ésta huye, en que ésta se resiste. Y este momento, curiosamente, llega siempre a la misma altura del camino.

*Me falta una palabra, una palabra
sólo.*

Y en su segundo libro:

*Todo ocurría así, hasta que un día
la dije bien, y no entendí su cántico.
La grité clara, la repetí dura,
y esperé ávidamente,
y percibí, lejano,
un eco inexplicable, infiel
reflejo
que en vez de iluminar, oscurecía,
que en vez de revelar, cubrió la tierra
la imprecisa nostalgia de su antiguo mensaje.*

En este camino aparece su cuarto volumen explicándonos claramente la continua y voluble fluidez de la palabra. Sus títulos son más que reveladores: «Palabras casi olvidadas», «Las palabras inútiles». Y cuando ya parecía haberse descubierto la entraña de esta dificultad, cuando el dominio ya parece logrado, a la altura misma, en su último libro, aparece «Preámbulo a un silencio», donde la futilidad de la palabra se confirma explícitamente. Por más que hable y hable, el hombre siente el vacío que lo circunda.

*Angel,
me dicen,
y yo me levanto
disciplinado y recto
con las alas mordidas
—quiero decir: las uñas—
y sonrío y me callo, porque, en último extremo,
uno tiene conciencia
de la inutilidad de todas las palabras.*

Y por aquí nos plantea Angel González el problema del lenguaje. Esa paradójica disyuntiva entre ser el único vehículo, la única materia para la expresión, y su inutilidad, su olvido en cuanto se emite ordenadamente. ¿Qué hacer cuando no nos entendemos? ¿Cómo decir al hombre, te equivocas, yerras, cambia de camino, huye de tu ficticia estructura exterior? ¿Qué hacer entonces con las palabras?

Gastados los tópicos, usado el lenguaje en toda su múltiple disposición, las palabras se resisten a mostrar su verdadero rostro. Y aun desentrañando su origen, remontándonos a su primicia—Angel González nos lo enseña—sólo se logra la certeza de su inutilidad.

VALORACIÓN FORMAL

La hechura poética de Angel González es realmente sorprendente. El poema se construye y desarrolla dentro de una estructura firme y además pensada perfectamente. La idea se distribuye progresivamente hasta un colofón o conclusión final que encierra lo esencial de su contenido.

La materia poetizable es lo cotidiano, tanto externa como internamente considerado. Las palabras son siempre las justas; el sentido denso que adquiere el poema, admirable. Con precisión y certeza notables aparecen términos de notoria raigambre clásica junto a palabras y concepciones completamente actuales. Y como queriendo ahondar más en la entraña de las cosas, Angel González tiende a la glosa. En su poema, el comentario, la idea va avalada por un inciso—anterior o posterior al tiempo en que escribe—y que nos conduce a la misma entraña de su propósito.

Como última nota destacable en esta construcción verdaderamente arquitectónica del poema quisiera señalar el orden que se da a las diferentes materias en cada uno de los libros. También desde *Aspero mundo* se descubre una línea de disposición temática que podría señalarse con esta gradación: lo dramático, lo popular y lo lírico. Es una escala que se conserva incluso en *Sin esperanza, con convencimiento*, sin duda el libro que alcanza una tesitura más grave, y que en *Tratado de urbanismo* varía en la última parte introduciendo la evocación y el recuerdo. Esas tres coordenadas toman forma física con la narración, lo musical y rítmico o con el verso corto e intimista, respectivamente.

Es, pues, todo un complejo arquitectónico que intuimos ha costado un serio y profundo trabajo a nuestro poeta, quien con *Tratado de urbanismo* logra completar una etapa, o un ciclo, mejor, profundo y complejo, iniciado en su primer libro y que adquirió su punto álgido en *Sin esperanza, con convencimiento*.

Hemos de confiar, por tanto, en su haber poético y en su serio y denso conocimiento del verso y en ese trabajo intelectual y gramatical, firme y consciente, que le ha permitido dar fin a esta primera etapa en ese *Tratado de urbanismo* que acaba de aparecer.—JORGE RODRÍGUEZ PADRÓN.

SOLER PUIGORIOL, PEDRO: *El hombre, ser indigente. El pensamiento antropológico de Pedro Laín Entralgo*. «Colección Guadarrama de crítica y ensayo», núm. 47. Ediciones Guadarrama, Madrid, 1966; 358 pp.

La publicación de esta obra, en su versión original texto de una memoria doctoral presentada en la Universidad Gregoriana de Roma, constituye una aportación merecedora, creo, de comentario. No es, desde luego, posible, ni tampoco sería útil resumir en el limitado marco de una nota informativa la exposición realizada por el autor en más de trescientas páginas cuya lectura exige, en todo momento, atención vigilante. El propósito de Soler Puigoriol, plenamente logrado, ha sido rehacer un capítulo, y fundamental, del mundo intelectual lainiano merced a una minuciosa pesquisa por el ya ancho campo de sus obras; el empeño era importante porque los frutos de tal indagación, el libro cuya aparición saludamos, han de utilizarlos tanto los que se propongan conocer la personalidad intelectual de Pedro Laín, su labor de historiador y ensayista, como quienes busquen obtener una imagen del panorama cultural español de nuestros días.

Pedro Laín, en la introducción escrita para encabezar la obra de Soler Puigoriol, de lectura muy provechosa, ofrece reflexiones sugerentes sobre la ordenación impuesta por el autor del libro a la exposición de su doctrina antropológica, aprovechando la coyuntura que hablar de ello le ofrece para completar tal concepción en concretos aspectos de la misma; especial interés tiene, como ya se cuida de advertírsele al lector el propio Laín, el comentario que hace a su doctrina de la esperanza, la «elpidología»; con ello Laín Entralgo acumula nuevas precisiones a lo que con rigor y pormenor expuso en sus obras *La espera y la esperanza* (1958) y *Teoría y realidad del otro* (1961).

En el amplio y variado mundo intelectual del profesor Laín, del que dan hoy testimonio más de treinta títulos, la preocupación por la realidad humana, el tema antropológico, descubre siempre su presencia; presente está en sus primeros libros: *Medicina e historia* (1941) y el volumen *Estudios de historia de la Medicina y de Antropología médica* (1943), y presente se encuentra en su última obra importante: *La relación médico-enfermo. Historia y teoría* (1964); entre estos títulos, veintitrés años de ininterrumpido quehacer como historiador, ensayista y literato, se alinean las obras, ambas capitales, más valiosas para rehacer su doctrina del hombre, ya nombradas. El profesor Laín ha llevado su interés por el tema antropológico incluso a su concreta labor de historiador de la medicina; de ello dan testimonio

los volúmenes editados de su colección «Clásicos de la Medicina» y también su deseo de que la primera revista que recoge el quehacer de los historiadores de la Medicina se titulase «Archivos de historia de la Medicina y de Antropología médica». Sólo un preocupado por el tema del hombre podría haber orientado del modo como él lo ha hecho sus pesquisas sobre la cultura española de nuestro siglo; sólo un antropólogo, dando al vocablo el significado con que nos ha enseñado a usarlo Laín Entralgo, podía haberse planteado y llevado a feliz remate investigaciones historiográficas como las realizadas por él en sus obras *La historia clínica* (1949), *Enfermedad y pecado* (1950) y *La relación médico-enfermo* (1964), de cuya importancia en el panorama de la indagación sobre el pasado de la Medicina no es la presente ocasión para emitir juicio.

Lo expuesto, explicado con el apoyo de unos ejemplos, no tenía otra misión que destacar, como era preciso, el interés que ya por su tema tiene la obra de Pedro Soler Puigoriol. La segunda parte de esta reseña informativa va a referirse al modo como el autor de *El hombre, ser indigente* ha cumplido su propósito.

Cinco capítulos, con sus temas bien desglosados, comprende la obra de Soler Puigoriol. El primero («Necesitado en su cuerpo»), en el que se encara la realidad humana en su dimensión corpórea, analiza, en las tres partes que integran el capítulo, los problemas «salud y enfermedad», «interpretaciones de la enfermedad», según estos han hecho aparición en la historia de la cultura, y «el cristianismo y la enfermedad». En el segundo capítulo («Deudor del pasado») la existencia humana es abordada desde su flanco histórico; el hombre se nos presenta ahora ligado al pasado, y en el examen a que esta consideración de la realidad humana se somete pasan a ser objeto de reflexión la «necesidad de la historia», «la biografía» y «la unidad histórica elemental»; triple aspecto del quehacer histórico cuya lectura, en el texto de Soler Puigoriol, me permito anticiparlo, será provechosa a cuantos se interesen por el entendimiento del pasado y más todavía, es natural, a los historiadores de oficio. («Proyectado al futuro») es el título del tercer capítulo de la obra de Soler Puigoriol, y en él se resumen y articulan al previo esquema antropológico las cuestiones tan hondamente analizadas por Pedro Laín de la espera y la esperanza. Otra dimensión de la realidad humana, la que liga al hombre a sus coetáneos, es objeto de estudio en el cuarto capítulo («Abierto a los demás»), donde se analizan la vivencia «del otro», la relación interhumana y la comunicación. El quinto capítulo («Religado a Dios») consuma la presentación de la antropología lainiana hecha por Soler Puigoriol, conduciendo al lector a la comprensión